

# El marxismo avanza

E.  
MIRET  
MAGDA  
LENA

**T**ODOS los lectores han podido ver en mis artículos anteriores las tremendas frases condenatorias de los Papas decimonónicos contra el socialismo y el comunismo. Y, del mismo modo, habrán podido conocer las actuales posturas vaticanas contra aquellos católicos que se han presentado en las listas electorales junto al Partido Comunista Italiano.

Ambas reacciones resultan anacrónicas cuando los síntomas, por una y otra parte, son de un comienzo de deshielo entre catolicismo y marxismo.

El inteligente realismo de Juan XXIII ha dado sus frutos, y por eso están convencidos hoy muchos católicos de cuatro cosas: 1) del necesario diálogo que tiene que establecer el creyente con todas las corrientes humanas, incluida la del socialismo-marxista o el comunismo; 2) de la posible colaboración que se debe tener, en determinadas circunstancias históricas más o menos permanentes, con estos movimientos sociales que hasta hace poco se habían manifestado irreductibles a toda creencia religiosa, pero que hoy reconsideran su postura; 3) la superación del antagonismo integral que existía de cara a estas corrientes político-sociales, cuando, sin embargo, debía distinguirse —como hizo Juan XXIII— entre postura ideológica no-cristiana y movimientos sociales concretos, haciendo sólo parcial el posible antagonismo entre ideología y movimiento social; 4) el evidente cambio de postura "anti" que el marxismo está dando, y no por táctica —en la opinión de muchos observadores imparciales—, sino por convicción de que los militantes cristianos también son entregados fautores de la transformación social y política del mundo, propugnando una sociedad plenamente justa y humanamente satisfactoria.

Italia ha dado un decidido paso hacia el marxismo. El resumen de los votos concedidos a los partidos de inspiración marxista en conjunto, así lo certifica. Su avance es manifiesto —debido sobre todo al PCI— allí donde los demás grupos políticos contrarios han sufrido globalmente un retroceso. Una gran parte del electorado italiano —parte en su mayoría católica— no ha tenido empacho en votar marxista.

No había que pensar allí en reacciones pendulares de tipo espectacular, que igual que vienen se va; pero sí es un avance constante. Y en nuestra Península Ibérica creo yo que pasará igual.

Cuando lleguen para nosotros unas elecciones de verdad abiertas (hablo sólo de unas elecciones de verdad libres y no

de un ensayo insatisfactorio) es cuando veremos el panorama político del país y constataremos que, igual que ha ocurrido en estos países en torno nuestro, se ha dado un avance claro también entre nosotros hacia el marxismo.

En Italia era impensable un vaivén desequilibrado. Y nuestros países empiezan, a pesar de todos los pesares, a tener una mayor madurez en lo político, en lo social y en lo moral; y así el paso descoyuntado y violento de un extremo a otro es impensable para la mayoría de los ciudadanos hispanos, aunque la izquierda en España se ha hecho más izquierda que lo era antes, si se comparan nuestras posturas con las de muchos sedicentes izquierdistas de nuestra Segunda República. El grueso de esta izquierda (muchos de ella de inspiración cristiana) está inclinada hoy a un gran cambio social y político, aunque empieza a aprender a ser eficaz y, por eso, quiere ser profundamente realista en sus métodos, sin identificar ilusamente deseos con realidades. Una cosa es lo que anhelamos muchos y otra cosa muy distinta es el modo de conseguirlo.

Los países en desarrollo, o en vías del mismo, se mueven en su conciencia social más lentamente de lo que sería deseable, y hemos de contar con ello haciendo todo lo posible por el desenvolvimiento más amplio y más rápido de esta conciencia social. Lo malo es que las instituciones todavía se mueven mucho más lentamente. Porque las instituciones suelen estar en manos del "establishment", y esto produce una fuerza de gravedad, una inercia difícil de mover, y sólo la inteligencia activa podrá vencer esa fuerte resistencia.

Italia —y ese puede ser nuestro espejo— dará sucesivamente pasos adelante hacia el marxismo, a juzgar por la línea de conducta progresiva del electorado. Y la tranquilidad que ha tenido la Roma eclesiástica, al ver que el porcentaje de votos dados al PCI no ha superado a la votación obtenida por la Democracia Cristiana, le va a durar poco y le va a servir de poco. El proceso en Francia, Italia y en la Península Ibérica está en marcha y la Iglesia debía ser mucho más realista y contar con él. No por oportunismo (como suele ser la táctica vaticana y episcopal frecuentemente), sino por convicción de encontrarse la Iglesia en un mundo en el cual los enfrentamientos violentos o apasionados ya no son de recibo, y la verdad objetiva debe contar más que cualquier diplomacia maniobrera.

En nuestro país surgen crecientes aunque tímidas voces sobre la posible legali-

zación futura del PC. Poco a poco se van serenando las aguas y se reconoce que esconder la cabeza debajo del ala no es el mejor procedimiento para acertar con una buena política del porvenir.

Debemos entrar en el juego democrático sin cortapisas, recelos o suspicacias respecto a los demás. Que los hechos sean quienes dirijan nuestra conducta, y nunca nuestras aprensiones o prejuicios. La postura de ayer debe abrirse a la realidad de hoy.

Y, para final, insisto en el "leitmotiv" conductor de recientes artículos: ¿Por qué no nos planteamos serenamente los cristianos los diferentes niveles de posible colaboración, e incluso de aceptación viable del marxismo? Porque de un diálogo sereno, equilibrado y objetivo podrán derivarse muchos bienes; y uno de ellos será la superación de todo enfrentamiento acalorado o de toda condenación apriorística, lo mismo de un lado que de otro.

El creyente conocerá más imparcialmente el materialismo histórico y dialéctico, y podrá comprender o incluso aceptar sus valores. Y el no creyente reconocerá que los cristianos pueden ser buena compañía en la lucha por una transformación profunda de esta sociedad que no nos gusta a un número cada vez mayor dentro del ámbito de nuestras tierras.

Y todo ello se hará sin concesiones ingenuas ni palabras de melosa diplomacia, sino con la verdad en los labios, dentro de una confrontación serena, sin ataques personales ni incomprendiones viscerales.

Crece el número de cristianos que queremos usar ese útil instrumento de análisis, de transformación y de pensamiento al que tanto se nos ha hecho temer, asustándonos como a niños con el coco de ser el mayor enemigo.

El enemigo lo tenemos todos dentro de nosotros mismos: es el egoísmo, el afán exclusivista, la violencia inhumana, la coacción. Pero nunca es enemigo quien desea la confrontación de los valores que otros descubren. Los creyentes no hemos de ver a estos no-creyentes como un antagonista, sino como quien puede estimular nuestra sincera autocrítica para acceder a un mundo más justo todos unidos.